

SOBRE LA LÓGICA DE LA CREENCIA. UNA FILOSOFÍA (TOMISTA) DE LA RELIGIÓN*

Justino López Santamaría
Instituto Superior de Filosofía

Resumen: Comentario de la obra de Sixto J. Castro, Lógica de la creencia, en el que se repasan aspectos clave de filosofía de la religión.

Palabras clave: Filosofía de la religión, argumentos para la existencia de Dios, tomismo, creencia religiosa, lenguaje religioso

Abstract: Comment on Sixto J. Castro's work Logic of belief, in which the author reviews some main aspects of philosophy of religion.

Keywords: philosophy of religion, arguments for the existence of God, Thomism, religious belief, religious language.

La Editorial San Esteban ha publicado recientemente el libro *La lógica de la creencia. Una filosofía (tomista) de la Religión*, cuyo autor es Sixto J. Castro. Libro éste importante y sorprendente desde el momento que en la literatura filosófica en castellano no abunda este tipo de libros, o a todo lo más se puede contar con los dedos de las manos. Ciertamente, no obstante, que las editoriales Anthropos, Trotta y Sígueme han hecho alguna que otra publicación relativa a la materia de Filosofía de la religión, como las obras de Gómez Caffarena, José M.^a Mardones o E. Romerales.

Karen Armstrong, en el libro *En defensa de Dios. El sentido de la religión*, (Barcelona, Paidós, 2009), dice lo siguiente: "me dicen que este libro (el suyo) es realmente difícil. Respondo, trata de Dios". El texto de K. Armstrong, me da pie para hablar someramente del libro que presentamos. Si la frase que reprochaban a su libro, según ella misma, "que era difícil", y ella respondía que ciertamente lo era porque trataba del tema de Dios, el libro de Sixto José Castro, también hay que decirlo, pudiera ser difícil, porque trata de la filoso-

* Este artículo corresponde a la presentación del libro de Sixto José Castro *Lógica de la creencia* (Salamanca, San Esteban, 2012) en la Librería Margen, de Valladolid el día 12 de junio de 2012.

fía de la religión, lo cual supone tener una serie de conocimientos filosóficos de teología natural y de teodicea, y una formación de lógica proposicional o, si se quiere, de lenguaje formal, ya que algunos de los argumentos están expuestos en ese lenguaje.

Como se sabe muy bien, la investigación de la naturaleza y de la base de las creencias religiosas es una de las más antiguas áreas del esfuerzo filosófico. De ellas se han ocupado la filosofía de la religión y la teología como dos tipos de discurso que indirectamente y en parte pueden tratar del mismo objeto, pero siempre con metodología distinta, con un status epistemológico diferente y una función antropológica y social distintas. La filosofía de la religión, como estudio filosófico del fenómeno antropológico y cultural que es la religión, no aparece hasta la entrada de la Modernidad, propiciada por la desteologización del pensamiento que propician Hume y Kant, que consideran la idea de Dios como inadecuada a los criterios racionales. Hegel defiende que la filosofía de la religión no debe crear la religión, sino simplemente reconocer que la religión está ahí, reconocer su realidad presente, tal cual es, y justificarla, mostrando de ella la idea infinita en acto.

Los grandes temas de la filosofía de religión han sido abordados por la fenomenología, por la filosofía analítica, por la crítica explicativa de la religión y por la filosofía natural clásica.

La creencia y la práctica religiosas han originado y originan actualmente una serie de tópicos filosóficos que nos plantean un sin fin de debates, de discusiones, que han propiciado, en primer lugar, preguntas epistemológicas sobre la justificación de la creencia religiosa y la necesidad de entender; en segundo lugar, preguntas metafísicas sobre la naturaleza de Dios, y en tercer lugar, sobre la relación de Dios con los valores morales. Son tantas las principales preocupaciones filosóficas interrelacionadas en el ámbito religioso y de inmediato interés que la "filosofía de la religión" es uno de los campos más significativos actualmente de la investigación filosófica, sobre todo en el mundo anglosajón. En efecto, si el punto de mira para los estudiosos de la filosofía de la religión en general, y teología filosófica en particular, como apunta Enrique Romerales (*Creencia y Racionalidad, Lectura de Filosofía de la religión*, 1992, p. 7) era antaño Alemania o Francia, desde hace unas décadas el mundo anglosajón se ha convertido en una referencia indispensable, (sólo en EE.UU. hay una docena de congresos anuales sobre la materia). Bien lo sabe Sixto J. Castro, porque el 90% de la bibliografía que cita es en inglés. Los libros de filosofía de la religión en idioma inglés giran casi siempre, más o menos, sobre los mismos temas: existencia de Dios, el problema del mal, posibilidad de los milagros, el lenguaje religioso, la justificación racional de la fe en Dios. Se publican revistas sobre estos temas, revistas británicas ("Religious Studies") o norteamericanas ("International Journal for Philosophy of Religion", "Faith and Philosophy"). En ellas caben réplicas y contrarréplicas, que atestiguan el interés vital e intelectual por estos temas que en otros ámbitos han quedado relegados a la erudición histórica, por lo menos en lo que

corresponde a nuestra literatura filosófica en castellano. Yo diría que de los grandes temas del “hecho religioso” y “la creencia”, se han ocupado últimamente los filósofos, en este caso preferentemente, anglosajones. De ahí que, curiosamente, la revista *Time*, en los años 80, se haya hecho eco de este fenómeno y haya proclamado el retorno a las cátedras de la “filosofía de la religión”, en definitiva, de la cuestión de Dios, algo casi impensable un par de décadas antes. Lo que también nos sorprende es algo que está aconteciendo en esta área: el renacimiento de la filosofía medieval sin la presuposición apologética, es cierto, como dice el mismo autor (E. Romerales), y con nuevas herramientas conceptuales, lógicas y filosóficas.

Es muy cierto lo que Sixto J. Castro dice delicadamente en la introducción de su obra, cuando escribe que los que no están muy al día de la cuestión de la filosofía de la religión es por no estar profesionalmente dedicados a estas tareas. Entre ellos me incluyo yo. En efecto, entre las diversas cuestiones que el programa de filosofía del bachillerato proponía había una, “religión y el sentido de la existencia humana” o, en otros textos, “el hecho religioso”, o “el problema religioso”, evidentemente tratados de modo diferentes según los autores de los textos. Lo sorprendente y significativo es que esas grandes cuestiones que el libro de Sixto Castro trata en los ocho capítulos de los que se compone el libro hayan sobrevivido a las disputas escolásticas.

La filosofía analítica ha dado una nueva sustancia filosófica al debate del tema, sin olvidar las aportaciones de la tradición filosófica y la hermenéutica o la fenomenología. La filosofía, desde siempre, pero, especialmente, la filosofía contemporánea se centra, entre otras cosas, en las preguntas relativas al uso del lenguaje al referirse a Dios. Ya el mismo San Agustín asumió el problema, y Santo Tomás era consciente de que al hablar de Dios llevamos el lenguaje al límite de sus posibilidades y hablamos analógicamente. Los modernos se han fijado más que en los textos de San Agustín y de Santo Tomás, en los textos de Hume, que en sus *Diálogos sobre la religión natural*, presenta el mismo problema: al hablar de los asuntos relacionados con Dios, en realidad hablamos de cosas que no podemos comprender. Hoy, la cuestión del lenguaje religioso se ha vuelto a poner de moda, sobre todo por el influjo de la filosofía de Wittgenstein, desde el momento que encomienda al silencio todo lo que llama místico.

Para los positivistas, como es sabido, los enunciados religiosos carecen de significación. Ciertamente que nuestra habla sobre Dios desafía la lógica del lenguaje. A pesar de todo, el lenguaje que el teísmo usa en la filosofía de la religión es coherente y tiene sentido. Esta cuestión es tratada con una claridad meridiana por el autor del libro en el apartado del “lenguaje religioso” de *Lógica de la creencia*. Y dado ese título, ha de dedicar espacio al papel de la creencia en varios ámbitos de la vida. Lo admirable es cómo relaciona la vida con la “razón”. Para Sixto Castro la creencia religiosa es lógica desde el momento en que ella participa de un determinado “logos” perfectamente racional, por eso detalla que el mundo religioso nunca ha tenido problemas

estructurales en asumir el punto de partida del universo según claves de comprensión científica. Sólo cuando la ciencia ha tratado de imponer una filosofía puramente naturalista es cuando han saltado las fricciones o el conflicto. El conflicto se ha dado y se da entre los materialistas científicos y los fundamentalistas religiosos.

En la epistemología contemporánea de la religión hay un debate respecto al valor cognitivo y al carácter justificado de la creencia. Una de las tesis que más goza de predicamento es el evidencialismo. El extremo contrario es el fideísmo. Ahora bien, creo que no tiene sentido requerir una prueba de la validez de las creencias religiosas. La filosofía podrá mostrar ciertos malentendidos acerca de ellas, pero nada más. La filosofía no está ni a favor ni en contra de las creencias religiosas. Sixto J. Castro dedica 28 páginas a la “Creencia y la racionalidad”. El autor del libro aboga, como Santo Tomás abogó con su propio texto, que el conocimiento humano no puede estar en contradicción con la fe, idea, por otra parte, defendida por Francisco Ayala en su libro *Darwin y el diseño inteligente. Creacionismo, cristianismo y evolución*, cuando dice que “no hay contradicción entre la ciencia y las creencias religiosas”.

Los abundantes textos que maneja de autores anglosajones, sobre todo, están en constante diálogo con los textos de San Agustín, de San Alberto Magno y especialmente de Santo Tomás; es como un “rifirrafe” entre ellos. Sixto J. Castro no trata de dar razón a unos frente a los otros, sino de ponerlos en paralelo para que el lector juzgue (este fue uno de los métodos tradicionales de la Escolástica). Lo sorprendente es que, con mucho humor e ingenio, y una jovialidad siempre presente, no hace de menos a ninguno.

La lectura del libro muestra la madurez del autor y la estupenda construcción del libro, de lo que se deduce que Sixto J. Castro es un buen pensador dialéctico, que prima los buenos argumentos y el pensamiento riguroso, sistemático y crítico, tal como hace la filosofía analítica, con lo cual tomismo y filosofía analítica pueden comunicarse, mejor, intercomunicarse, en lo que se ha llamado “tomismo analítico”, como él dice en otra parte. Confieso que el libro tiene una gran claridad, en casi todos los capítulos. Pero tengo reconocer también –ya lo he dicho al principio, pero lo repito ahora– la dificultad que puede provocar en algunos lectores la lectura de ciertos argumentos en lenguaje formal.

Sixto J. Castro toma al “toro por los cuernos” y se enfrenta –es un decir– a los “nuevos ateos” y a todos aquellos que han negado la existencia de Dios desde el plano racional y han considerado la creencia religiosa como algo periclitado y propio del premodernismo. Es curioso que Castro diga con cierto humor e ingenio –lo repito de nuevo– que los “nuevos ateos” han hecho un favor a la disciplina, primero, porque ellos han creído ser el ombligo del mundo de lo que ya desde *Contra Celso* se ha llamado el ateísmo y, segundo, porque con sus debates han dado pie para que la filosofía de la religión sea actualmente crítica consigo misma. Entre los que se han llamado “nuevos ateos” existe la creencia tácita o expresa de que la ciencia de nuestro

tiempo es el único sistema de creencias en el que las personas razonables deben poner su fe y su devoción. Hay muchos pensadores que no se sienten cómodos en esta situación de pensamiento único y, a veces, mal fundamentado. El naturalismo frente al teísmo no es una conclusión necesaria de la ciencia, sino un prejuicio que se lleva a ella. El hecho de que algunos científicos estén en guerra con Dios no significa que la ciencia esté en guerra con Dios. Nadie niega que exista un conflicto real, pero no entre ciencia y religión (porque de ser así no habría científicos religiosos), sino entre naturalismo y teísmo.

Hay que dejar claro que Sixto Castro no es un apologeta, no hace apología, sino que trata de mostrar la coherencia, según sus palabras, del teísmo. Es un filósofo que se ha cuestionado, como antaño y hogaño lo han hecho tantos y tantos otros, las preguntas claves de la filosofía de la religión. No hace falta relatarlo en este momento. No escribe “contra”, sino que trata de poner las cosas claras. De ahí el uso de los textos. Es más, cuando trata de explicar la relación de ciencia y religión, el problema del lenguaje religioso o los argumentos sobre la existencia de Dios, aparece el profesor de filosofía, que a través de su magisterio hace posible, en pocas líneas, ubicar el tema, aportando, además, elementos externos a la literatura filosófica, principalmente del cine. Las referencias, por poner algún ejemplo, son M. Night Shyamalan, Woody Allen, Terrence Malick, Ingmar Bergman, K. Kieslowski, Harold Ramis, R. Attenborough, A. Hitchcock, etc., Y lo mismo con la literatura, con referencias a Dostoyevski, Samuel Beckett, John Updike, Borges, Chesterton...

El libro se compone de ocho capítulos. Introducción. 1. La filosofía y la religión; 2. La creencia y la racionalidad, con tres apartados; 3. Ciencia y religión, con otros tres apartados; 4. El problema del lenguaje religioso, con tres apartados igualmente; 5. Argumentos para la existencia de Dios (la parte más extensa del libro); 6. El problema del mal; 7. Es probable que Dios exista; 8. Las propiedades divinas. En total 398 páginas.

El capítulo 5 –de los anteriores ya he hablado algo–, el más extenso, constituye ya de por sí todo un tratado. Comienza haciéndose una serie de preguntas al caso, que no voy a citar. “Desde el teísmo –dice– nunca se ha pretendido llegar a una prueba definitiva de la existencia de Dios, pues en tal caso –escribe con humor– a los que la comprendiesen no les quedaría más remedio que creer (si fuesen seres racionales, al menos al modo en que los modernos concibieron la racionalidad), lo cual haría que no hubiese mérito alguno en creer ni otra posibilidad que la creencia: no habría lugar para la fe”.

La postura de Kant, según la cual la razón especulativa no puede demostrar con certeza la existencia de Dios ha tenido, como es sabido, una influencia increíble. Podemos encontrarnos hoy día con gente y con textos que piensan y escriben que no vale la pena ocuparse del problema de las pruebas de la existencia de Dios, porque de una vez por todas Kant demostró su imposibilidad. Kant, hay que decirlo, no niega la existencia de Dios, sino lo

que afirma es que la razón teórica no puede dar una respuesta científicamente fundada, ni de signo positivo ni negativo.

Los argumentos de Santo Tomás son variaciones de dos formas principales, los argumentos cosmológico y teleológico. El primero, cosmológico, se basa en la premisa de que la existencia y la actividad del universo exigen una explicación de un ser más allá del universo mismo. Desde el momento que al universo se le considera como un ser contingente o posible requiere una explicación fuera de él, en definitiva, de un ser necesario. De esta manera, a partir de la existencia contingente, simplemente posible, del mundo, se afirma que se puede demostrar la existencia de Dios. Basado en un razonamiento similar, el argumento “kalam” fue desarrollado por filósofos musulmanes en la Edad Media. Este argumento no ha perdido nada de su poder filosófico a través de los siglos. En estos últimos años el filósofo cristiano William Lane Craig ha llevado el argumento kalam de nuevo en el centro de atención. También Richard Swinburne afirma que se puede elaborar un buen argumento C-inductivo de la existencia de Dios, como ser personal, a partir de la existencia del universo.

El argumento teleológico o del “diseño” propuesto por Santo Tomás nos impulsa a inferir del buen ordenamiento de la naturaleza la existencia de un diseñador supremo. Este argumento alcanza su punto álgido con la publicación de la *Teología natural*, de William Paley (1743-1805), que compara nuestra experiencia del intrincado orden y adaptación de las partes al conjunto en la naturaleza, a encontrar un reloj: es claro que éste, dada su complejidad y el evidente propósito de su diseño, requiere de la existencia de un relojero para ser explicado.

Tanto el argumento cosmológico como el teleológico han estado en constante crítica, en especial por David Hume. Desde tiempos de Hume el debate ha proseguido con gran inventiva, sin que ninguna de las partes pueda cantar victoria duradera. Sixto J. Castro ha puesto mucho cuidado y esmero en aportar datos de cada parte aludida y nos ha hecho ver la considerable atracción de tales argumentos para los estudiosos actuales.

El argumento ontológico, tanto en sus formas clásicas (San Anselmo, Descartes, Spinoza), como en su forma contemporánea de argumento ontológico modal (Hartshorne, Plantinga) o la prueba ontológica de Gödel, ha sido objeto de debate. El autor del libro presta atención a las interpretaciones actuales que se han hecho de cada una de las versiones, y aunque en general se muestra crítico, concede que tal argumento aun dará mucho que hablar, pues no ha habido una objeción que haya cerrado por completo la cuestión.

Además de las pruebas tradicionales y clásicas de la existencia de Dios, los filósofos de la religión se han interesado –y Castro también– por otras pruebas que se han esgrimido para probar su existencia: los argumentos morales; el argumento noológico o de la conciencia y el argumento de los milagros. El concepto de milagro ha recibido significativa atención filosófica.

La obra de Hume *Ensayo sobre el entendimiento humano*, secc. X, presenta los milagros como contradictorios con nuestra “firme e inalterable” experiencia de la regularidad de las leyes naturales, haciéndolos en extremo improbables, opinión que, como se sabe, ha tenido amplia aceptación en una época dominada por el naturalismo. Con todo, muchos pensadores actuales, entre ellos C. S. Lewis, en su obra *Los milagros*, se oponen o se enfrentan a la famosa crítica humeana a los milagros. También es recurrente el argumento de la experiencia religiosa.

Uno de los intentos, dice Castro, más profundos de desarrollar los argumentos para la existencia de Dios es el elaborado por Richard Swinburne en su obra *La existencia de Dios*, traducida por Castro para su publicación en la Editorial San Esteban de Salamanca. Castro no sólo ha traducido esta obra, sino también otra del mismo autor *Razón y Fe*, en la misma editorial, así como conferencias del R. Swinburne. Este pensador, profesor emérito de filosofía en la Universidad de Oxford y defensor de la teología natural, es uno de los autores que más cita, por la sencilla razón de que lo conoce a la perfección (en la introducción así lo reconoce y le da su agradecimiento). Si miramos el índice de nombres del libro *Lógica de la creencia* nos daremos cuenta de las veces que cita a dos puntales, por decirlo así, de esta obra, que son R. Swinburne y Santo Tomás de Aquino. Ciertamente éste supera a aquel, pero no por extensión. A estos dos autores citados les siguen Plantinga, Kant, Hume, Wittgenstein, Mackie, San Anselmo, San Agustín, Alston, Anscombe, Hick...

Otro problema clásico es el problema del mal. La crítica filosófica y personal más fuerte al teísmo nace de este problema. En efecto, al teísmo se le plantea un problema intelectual de envergadura al afirmar la existencia de un Dios con potestad y sabiduría ilimitadas frente a un mundo reconocidamente plagado de dolor moral. En opinión de muchos el teísmo no puede justificar la existencia del mal. Otros han tratado de construir teodiceas en un intento de explicar por qué Dios crearía un mundo como el nuestro a pesar de los males que contiene. En una versión más compleja, como la propuesta por J. L. Mackie, se lo considera como una prueba positiva de la no existencia de Dios, equivalente a lo que Alvin Plantinga ha llamado “ateología natural”. Recientemente John Hick ha ofrecido una teodicea “forjadora del alma”, que continúa la tradición de San Ireneo, en la que sugiere que Dios nos ha colocado en un ambiente difícil, adecuado para desarrollar en sus criaturas la madurez moral y espiritual.

El libro finaliza el libro con el apartado “Las propiedades divinas”.

Termino, con lo que tendría que haber dicho al principio, que es algo que dice el autor en la introducción: “más que buscar argumentos que prueben de manera apodíctica, trato de desarrollar ideas de filosofía, de la filosofía de la religión y de la filosofía en general, puesto que no tengo aquí más objetivo apologético que mostrar la coherencia del teísmo... y, en general, la validez del pensamiento que trata de seguir hasta donde debe las consecuencias de

sus propios principios sensatos, lógicos, racionales y razonables". Si a todas estas ideas filosóficas tan valientes, sugerentes, profundas, añadimos el ingenio, la claridad y la excelente escritura, tenemos, sin duda alguna, una obra magnífica.



COLECCIÓN ALETHEIA

NOVEDAD 2012



ISBN: 978-84-8260-266-0

Precio: 22 €

AUTOR: Sixto J. Castro

www.sanestebaneditorial.com

Apdo. 17 , 37080 Salamanca . Tfno.: 923 21 50 00

E-mail: pedidos@sanestebaneditorial.com